
TEORÍA SOCIAL HOY

Este volumen es brevemente introducido por los editores, quienes enfatizan algunos de sus temas. También explican lo "social" con un significado "no solamente sociológico".

En el primer ensayo, Jeffrey Alexander defiende, con gran énfasis crítico y academicismo impresionante, la centralidad de los clásicos. Uno puede admirar la lucidez de su estilo y argumentos sin aceptar que la continua revaloración de los clásicos es una parte necesaria de la actividad teórica; no es necesario ratificar su intento para reconstruir el funcionalismo normativo (¿Con o sin, teleología?). También es posible observar su honestidad en proclamar que un interesante y alto nivel de teoría sociológica es justamente el suyo.

El infatigable George Homans, quien es seguidor de Alexander, propone, clara, elegante y aún consistentemente, una aplicación sociológica de la actualización de la teoría de Skinner vinculada ahora a las versiones recientes de la teoría de la selección racional. Este enfoque proporciona algunas respuestas comprobables; pero algunos teóricos sociales negarían que hay respuestas válidas a preguntas "complejas", involucrando la interpretación del significado; quizá pensarían otra vez o, mejor aún, proporcionarían algunas respuestas mejores derivadas de un cuerpo teórico diferente.

A continuación, Hans Joas escribe sobre interacción simbólica, poniendo énfasis en el pragmatismo filosófico de Dewey y Mead, como hizo Paul Rock en su libro sobre el sujeto. Joas también habla de Blumer y de la escuela de Chicago; pero existieron varias escuelas; aunque no analizó todo el trabajo de Blumer, como parece afirmar en su ensayo sobre radicalismo y capitalismo, ejemplificando el interaccionismo simbólico. Este ensayo felizmente intenta aplicaciones teóricas; y resulta ser una buena lectura.

Richard Munch se refiere a la teoría personiana de hoy, planteando una necesaria e importante discusión del sistema y contingencia como oposiciones polares, con posiciones intermedias y busca crear un sistema pos-parsoniano de variables, el cual anula algunos de los errores sustantivos de Parsons. Tal teorización podría sintetizarse

comparando la importancia de los problemas con los cuales se podrían encontrar otra vez.

En su ensayo sobre teorización analítica, Jonathan Turner establece que el mayor problema nomotético es que existe un medio ambiente hostil, el cual podría ser descrito como aquel que favorece a las cabezas frescas y a los pies fríos. Pero quizás el problema importante de tal parámetro de esfuerzos es la persistente creencia de que uno puede y debería girar fuera de los cuerpos teóricos sin saber que las preguntas son para responder. Esperemos que nada desanime a Turner para continuar y formular grupos de proposiciones teóricas, las cuales tienen un contenido empírico sustancial y pueden explicar algunos de los fenómenos sociales que forman parte de nuestro mundo y que aún no podemos explicar.

Anthony Giddens, por su parte, habla con su usual confianza y enorme erudicción, sobre estructuralismo, pos-estructuralismo y la producción de cultura.

En efecto, él escribe acerca de estructuralismo, y cualquier cosa que él plantee tiene éxito, desde que hay todo un mundo de diferencia y, quizá, *différance*, entre las respuestas de Radcliffe-Brown a Malinowski (que involucró un cambio no lingüístico) y las respuestas de Lévi-Strauss a la manera de Gregory Bateson, para bien de la antropología social.

En una vertiente crítica, Giddens recuerda que no todos los productos culturales son anónimos y que no son autónomos; hay algunos autores identificables y profesionales, públicos, que dirigen. Pero Giddens tiene espacio para hablar de su propia producción cultural. No proporciona mucha evidencia sobre la influencia del "giro lingüístico" en las ciencias sociales. Propone la socio-lingüística, no ofrece la lingüística como un modelo. No es el "modelaje" toda la idea reciente; la visión de que la precisión descriptiva de fonología y morfología podían reducir los obstáculos de la antropología cultural fue una moda minoritaria de hace treinta y cinco años, creación tardía, una primavera efímera, análisis componencial, y pudo haber resultado desde una lectura perdida de Edward Sapir. Pero un discurso interesante, a la manera de Foucault, debe más a la sociología política de Molière que a la lingüística estructural.

Giddens ha conjurado la promesa de un estructuralismo y/o pos-estructuralismo para generar una revolución en teoría social, aunque

afirma que ambas son tradiciones muertas, a través de las cuales tiene algo de valor que heredar. Pero tiene el post-estructuralismo una tradición? ¿Está muerto el estructuralismo? ¿Es una moda morir o sobrevivir? Están vivas ciertas ideas de Lacan (ahora en la corriente del psicoanálisis) y de Lévi-Strauss, y de los lejanos estudios comparados de Chomsky y sus asociados. Pero ¿quién prometió esa revolución? ¿hombres o moda?

El ensayo de John Heritage admirablemente conciso sobre etnometodología proporciona una excelente pre-historia, de acuerdo con Garfinkel (algunas rebeliones) días en juventud en Harvard antes de los cincuenta (o no poco antes), Parsons, entonces fuera del desarrollo teórico e investigaciones aplicadas, con un cálculo preciso de influencia de Schutz y desde el punto de partida de Garfinkel. Esta es ciertamente una atrevida defensa de una escuela a través de la cual, a la altura de esa popularidad, fue percibida como un serio tratado de la corriente sociológica. Heritage está en lo correcto al comentar a Giddens al encontrar un lugar para algunas de las ideas de Gerfinkel.

Desafortunadamente, Heritage no dice mucho ni para comentar o refutar algo de lo más absurdo de etnometodología: por ejemplo, la interdicción sobre motivos atribuidos a otros. Simplemente no citar a Garfinkel para el efecto de que si buscas dentro de la cabeza de la gente no encontraras nada únicamente sesos. Uno puede solamente quedarse con la réplica de Woody Allen.

No es la suma o el cálculo de Heritage del debate sobre personas novatas (narcotizadas). Es verdad que los falsos o ilegítimos argumentos de algunos sociólogos pueden tener comprobada la impresión de que las personas novatas nunca pueden saber mucho de interés acerca de sus mundos sociales. Sin embargo, se puede argumentar que uno o dos de los más notorios experimentos ilegítimos o de ruptura parecieron estar diseñados para demostrar que mucha gente está drogada. Así, de alguna manera se formularon chistes para ridiculizar a algunos de los entusiastas seguidores de Garfinkel.

El ensayo de Ira Cohen, el cual nos ofrece un aceptable balance de la estructuración, es también muy cercano a la ubicación de Giddens en relación al positivismo más que en relación con las teorías sustantivas y la investigación. Cohen ensaya críticas sobre esa teoría, pero es también acrítico o nocrítico cuando propone, defensivamente, que Giddens se rehusa a sistematizar sus proposiciones porque eso necesariamente conduciría a hipostatización. Homans, por su parte, ha

manejado lo uno sin lo otro. ¿Y tiene mucho que hacer con el profundo análisis de Giddens respecto a la capacidad de los agentes sociales para reproducirse? ¿La gente controla algunas cosas que hace y que podría repentinamente desconocer? ¿Debería yo considerar o respetar a mi vecino por formar parte en la reproducción del mercado en *stocks*?

Immanuel Wallerstein es acertadamente reconocido como el más famoso exponente mundial del análisis sistémico. También es reconocido por intentar cambiar nuestra perspectiva de la historia económica del capitalismo. Uno esperaba que pudiera haber mostrado cómo sus ideas sobre aquellos procesos desarrollados fueron reemplazadas o apoyadas por ideas anteriores, en vez de tener una discusión de disciplinas y sus bondades, presumiblemente porque el mundo de la teoría de sistemas ignora esas bondades. Se incluye también una breve discusión de los tres tipos de formación político-económica y entonces regresamos a disciplinas y a emergencias de la ciencia. Por último regresamos a las disciplinas, y sospechamos que la finalidad del ensayo es rechazar la distinción entre las disciplinas nomotéticas y las idiográficas. Bien, sabemos que hay física ideográfica, y sabemos también que eso no sería posible sin una bien probada teoría. Sin embargo, muchos pensamos que la idea de la historia teórica -que no es lo mismo que la historia influenciada de teorías, que no es lo mismo que la historia de sistemas como opuestos a simples eventos- fue refutada por Frederic J. Teggart, Karl Popper y otros. ¿Quizá podemos tener ese debate otra vez?

El ensayo de Ralph Miliband disgusta más que otros; en esta colección considerada un problema específico sustantivo: el estado del análisis de clase. El autor es un académico de impecables credenciales que examina meticulosamente aquellos argumentos opuestos que él anticipa, a través de varias décadas en las que ha visto ir y venir modas marxistas y anti-marxistas y sus diseñadores y abastecedores adorados y olvidados. Su ensayo es comprensivo, toma solamente aquellos para quienes el proletariado está desapareciendo, sino también aquellos quienes desafían el centralismo del análisis de clase con género y etnicidad; su caso es elegantemente construido y sus argumentos establecidos con extrema claridad.

Admirando este ensayo, uno no tiene nada que agregar, Miliband debería haber dicho más acerca de las sociedades socialistas; decir

tan poco es errar, pudo haber especulado sobre el papel de la clases en la promoción de las posibles transiciones del socialismo al capitalismo.

Cualquiera en la investigación de un balance condensado de la teoría crítica y sus exponentes no puede hacer una mejor lectura que el ensayo de Axel Honeth. Éste no es un balance simplista, porque el autor nos recuerda que dentro de los grupos originales hubo diferencias, las cuales cursaron del centro a los márgenes del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt. El ensayo concluye hermosamente con un sucinto resumen de aquellas ideas de Habermas que expresan nuevas direcciones. Es claro que las molestas diferencias, críticas teóricas, coinciden aún en tres cosas: que la sociología debe tener un marco normativo en la selección de problemas; que la sociología marxista debe ser humanista; y que la teoría no crítica puede contar con sólo ideas marxistas.

Thomas P. Wilson comienza el último ensayo, sobre sociología y matemáticas, con la seguridad de que hay dos tipos opuestos de juicios recibidos concernientes a las ciencias sociales: uno es que su modelo puede y debe ser las ciencias naturales: otro es que puede no ser de este tipo. Wilson argumenta que su propuesta es una ventaja respecto a ambas visiones. Pero, en efecto, sus reflexiones de dos ortodoxias han sido por sí mismas los juicios recibidos por algunos científicos sociales y filósofos de ciencia -quizás más de ellos- por cerca de cincuenta años: y la confrontación entre las dos ortodoxias fue resuelta menos por Max Weber que por ciertos economistas de Viena, tales como Von Mises y Hayek. De esto parece ser inconciente.

El ensayo de Wilson trata de manera muy interesante de la doctrina extensionalista que sostiene que para ser científicamente racional, uno debe poder entender las cosas realmente en una lógica *standar*, indistintamente de los problemas de significado, de subjetividad e interpretación. Wilson parece estar a favor, pero no completamente, de la doctrina de oposición de intencionalidad, la cual sería el mínimo de un conjunto de límites para que en las ciencias sociales pudieran ser capturadas en lógica normal. Pero Wilson avanzó acertando que ese exextensionalismo es en cualquier caso y no sólo en las ciencias sociales una doctrina seriamente agrietada: porque para ser verdad ésta tendría que aplicarse a sí misma; pero esto podría no ser, porque

esa aplicación requeriría un entendimiento del concepto de verdad - algo que es una forma de significado. Si Wilson está en lo cierto y, si lo entiendo correctamente, todos los sistemas de lógica están, por sí mismos, seriamente dañados, porque uno no puede validar reglas de inferencia sin asumir su validez y, por otra parte, sin finalmente entender su significado. Pero si Wilson está en lo cierto, entonces sus propios argumentos metalógicos sufren la misma suerte. Pero felizmente el argumento de Wilson es innecesario y sería, en las manos de todos los tipos de negativistas ilógicos, una ayuda para iniciar otra corriente de sociología "salvaje". Como Karl Popper ha establecido, aunque uno no puede ofrecer una racional defensa de racionalidad, esto no implica que los procesos racionales están, de este modo, invalidados.

Wilson, con poco entusiasmo, recomienda en algunos casos, el uso de las matemáticas en las ciencias sociales, pero sólo para propósitos heurísticos. Y aquellas censuras las aplica también a la economía a partir de que los modelos no son realmente comprobables. Sin embargo, los economistas matemáticos o los econometristas serían fuertemente rechazados por los argumentos de Wilson de que salvan sus teorías desde la refutación empírica por el uso de formas ilícitas -las condiciones no sostienen nuestros errores-, pero, puede ser, checando sus deducciones y debatiendo la interpretación de la evidencia o de la suficiencia de esto. En cualquier caso, lo que Wilson entiende por "proposiciones heurísticas" no está claro. Él señala que las matemáticas, en ciertas condiciones, son el cuadro idealizado de algunos aspectos del mundo natural pero no del mundo social. Además, si todos los modelos económicos son analíticamente verdaderos, cómo se explica el hecho de la oposición de modelos -por ejemplo, monetarismo-; ¿son predicciones factuales contradictorias?

Para regresar al título de los editores, se puede decir que cada ensayo en este volumen es sociológico, por sociólogos, para sociólogos y acerca de sociología. Quizá el chistoso en el grupo sea el artículo de Giddens que no puede resistir la tentación de tocar la trompeta sociológica hacia Chomsky para mencionar solamente los problemas de la competencia en la ejecución lingüística, pero no por eso de la conveniencia social situacional. Pero ¿no es éste un vicio típicamente sociológico? Yo me atrevo a decir que cuando Chomsky y asociados rompan por sí mismos con el estudio de similitudes y diferencias en-

tre las reglas del chino, inglés, hebreo, etcétera., reconocerán el error de sus formas y agregarán otro grupo de problemas a sus preguntas. O, quizás, si observan el criticismo, deciden que deben conocer mejor que un teórico social cómo hacer su programa de investigación controlable. ¿Pueden aún referirse a Giddens a Homans sobre la cuestión de aprender las reglas de conveniencia?

A. Giddens y J.H. Turner

British Journal of Sociology, 1990, núm.2.

Traducción: Rosalía López Paniagua

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades -UNAM